

Corre hacia el Padre Domingo y lo abraza.) Que canten un Te-
Deum en todas las iglesias. La victoria es nuestra.

EL PADRE DOMINGO.—¿Nuestra?

EL DUQUE DE ALBA. (Al Padre Domingo y á los demás Gran-
des.)—Entrad ahora á ver al Rey; ya os lo contaré todo.

ACTO V.

ESCENA PRIMERA.

Un aposento en el Palacio real, separado por una verja de hierro
de un patio grande, en donde se pasean varios centinelas.

CARLOS sentado delante de una mesa con la cabeza apoya-
da en un brazo, como si durmiera. En el fondo hay algu-
nos oficiales encerrados con él. El Marqués de Posa entra,
sin ser visto por Carlos, y habla en voz baja con los oficia-
les, que se retiran en seguida. Él se acerca á Carlos y lo
observa algunos instantes, en silencio y con tristeza. Al fin
hace un movimiento, que lo obliga á volver en sí; se levan-
ta, mira al Marqués, y se queda horrorizado. Después lo
mira de nuevo fijamente, y se pasa la mano por los ojos,
como si quisiera recordar alguna cosa.

EL MARQUÉS.—Yo soy, Carlos.

CARLOS. (Que le da la mano.)—¿Vienes á buscarme todavía?
Esto te honra.

EL MARQUÉS.—Crefa que acaso pudieras necesitar á tu
amigo.

CARLOS.—¿Verdaderamente? En realidad, ¿opinas así?
¡Mira! Esto me regocija... me regocija más allá de toda
ponderación. ¡Ay de mí! Bien sabia yo que tú serías siem-
pre bueno para mí.

EL MARQUÉS.—He merecido que pensaras de este modo.

CARLOS.—¿No es cierto? ¡Oh! Todavía nos comprendemos á maravilla. Esto me complace. Tales consideraciones, tanta afabilidad convienen á dos almas generosas, como la tuya y la mía. Aun en la hipótesis de que alguna de mis pretensiones haya sido censurable y temeraria, ¿has de negarme lo que fuere justo? La virtud puede ser severa, pero nunca cruel, nunca inhumana... ¡Mucho te ha costado! ¡Oh! Sí; me lo parece. Sé bien que tu corazón bondadoso habrá destilado sangre, cuando engalanabas á tu víctima para llevarla al altar.

EL MARQUÉS.—¡Carlos! ¿Qué piensas, pues?

CARLOS.—Tú mismo terminarás ahora lo que debí y no pude... Tú darás á los españoles los días de gloria, que han esperado en vano de mí. De mí no hay ya que hablar, no... Tú mismo lo has visto... ¡Oh! Este amor desastroso ha secado sin remedio todas las flores precoces de mi espíritu. Yo he muerto para tus grandiosos proyectos. La Providencia ó la casualidad te han acercado al Rey... me ha arrebatado mi secreto, tuyo ahora... Tú puedes ser su ángel de la Guarda. Para mí no hay ya salvación... ni quizás para España... ¡Ah! Nada punible hay en esto; nada, nada, sino mi ciega insensatez, el obstáculo, que me ha impedido hasta ahora ver que... eres tan magnánimo como cariñoso.

EL MARQUÉS.—¡No! Yo no había previsto esto... no había previsto, que la generosidad de un amigo podía ser más ingeniosa que mis sabias previsiones. Mi edificio se derrumbó... yo había olvidado tu corazón.

CARLOS.—A la verdad, si hubieses podido ahorrarte esa pena... mira, te lo hubiera agradecido de un modo indecible. ¿No podía yo haberlo sufrido sólo? ¡Debió ser ella la segunda víctima?... Pero no hablemos de eso. No quiero molestarte con reconvención alguna. ¿Qué te importa la Reina? ¿La amas acaso? Tu austera virtud se ocupará en

los cuidados insignificantes de mi amor? Perdóname... he sido injusto.

EL MARQUÉS.—Tú lo eres. Sin embargo... no por esa reconvención. Si yo mereciera una, las merecería todas... y entonces no estaría yo ahora en tu presencia. (Saca su cartera.) Aquí tienes algunas cartas, de las que me entregaste para que las guardara. ¡Tómalas!

CARLOS. (Que mira alternativamente á las cartas y al Marqués.)—¿Cómo?

EL MARQUÉS.—Te las devuelvo, porque ahora estarán más seguras en tus manos que en las mías.

CARLOS.—¿Qué significa esto? ¿No las ha leído el Rey? ¿No las ha visto?

EL MARQUÉS.—¿Estas cartas?

CARLOS.—¿No se las enseñaste todas?

EL MARQUÉS.—¿Quién te ha dicho que yo le había enseñado una?

CARLOS. (Muy sorprendido.)—¿Es posible? El Conde de Lerma.

EL MARQUÉS.—¿Te lo ha dicho?... Sí; entonces todo está claro. ¿Quién podía prever esto?... ¿Lerma, pues...? No; ese hombre no ha mentado nunca. Es muy justo. Las demás cartas están, por tanto, en poder del Rey.

CARLOS. (Contemplándolo en silencio, muy admirado.)—¿Por qué, pues, estoy yo aquí?

EL MARQUÉS.—Por precaución; por si se te ocurre, por segunda vez, elegir por confidente tuyo á la Princesa de Eboli.

CARLOS. (Como si despertara de un sueño.)—¡Ah! Ahora al fin; ahora veo... todo es evidente para mí.

EL MARQUÉS. (Encaminándose á la puerta.)—¿Quién viene?

ESCENA II.

LOS MISMOS Y EL DUQUE DE ALBA.

EL DUQUE. (Que se acerca al Príncipe respetuosamente, volviendo la espalda al Marqués durante toda la escena.)—Príncipe, sois libre. Vengo á anunciároslo de parte del Rey. (Carlos mira atónito al Marqués; pausa.) Grande es mi alegría, oh Príncipe, en ser el primero, que...

CARLOS. (Examinando á los dos estupefacto, después de un momento de silencio; al Duque.)—¿Se me ha preso, y se me pone en libertad sin saber yo la causa?

EL DUQUE.—Por un engaño, Príncipe, si he de atenerme á lo que ha llegado á mi noticia... en cuya virtud el Rey ha dado este paso.

CARLOS.—¿Pero estoy yo aquí por orden del Rey?

EL DUQUE.—Ciertamente, por un error de S. M.

CARLOS.—Lo deploro en verdad... Pero si el Rey se equivoca, en persona debe deshacer su error. (Mira al Marqués, y nota la expresión de su altivez respecto al Duque.) Se me llama aquí el hijo de D. Felipe. Las miradas de la calumnia y de la curiosidad están fijas en mí. Lo que hace S. M. cumpliendo con un deber, no he de considerarlo como efecto de su clemencia. Pronto estoy á presentarme ante el tribunal de las Cortes... yo no recibo mi espada de tal mano.

EL DUQUE.—El Rey no se opondrá á este deseo tan razonable de V. A. Si me es permitido acompañaros...

CARLOS.—Me quedó aquí, hasta que el Rey ó Madrid me saquen de esta prisión. Decidse lo así de mi parte. (El Duque se va; se le ve detenerse largo tiempo en el patio, y dar órdenes.)

ESCENA III.

CARLOS Y EL MARQUÉS DE POSA.

CARLOS. (Después que ha salido el Duque, inquieto y atónito, al Marqués.)—¿Qué significa esto? ¡Explícamelo! ¿No eres tú ministro?

EL MARQUÉS.—Lo he sido, como ves. (Acercándose á él muy conmovido.) ¡Oh Carlos! ¡Ya se tocan los resultados! Todo ha salido como esperaba. Ahora, todo terminó... ¡Bendito sea Aquel, que lo ha permitido!

CARLOS.—¿Qué sucede? ¿Qué? No comprendo tus palabras.

EL MARQUÉS.—(Tomando su mano.)—Estás en salvo, Carlos... eres libre... y yo... (Se detiene.)

CARLOS.—¿Y tú?

EL MARQUÉS.—Y yo... te oprimo contra mi pecho por vez primera con pleno y justo derecho; lo he adquirido á costa de todo, de todo lo que me es caro... ¡Oh Carlos! ¡Cuán grato, cuán grande es este momento! Estoy contento conmigo mismo.

CARLOS.—¡Qué mudanza tan repentina en tu fisonomía! Jamás te he visto así. Tu corazón late con orgullo, y brillan extrañamente tus ojos.

EL MARQUÉS.—Es preciso despedirnos, Carlos. No te asustes. Muéstrate hombre. Oigas lo que oyeres, prométeme no acibarar nuestra separación, afligiéndote con exceso... No me verás más, Carlos... por muchos años... los insensatos dicen que por siempre. (Carlos retira su mano, lo mira fijamente, y nada contesta.) Sé hombre. Mucho espero de tu valor, y no he rehuído pasar á tu lado esas horas de zozo-

bra, que se llaman de un modo horrible las últimas... Si ¡he de confesártelo, Carlos!... me he regocijado de ello... Ven, sentémonos, porque estoy cansado y sin aliento. (Se acerca á Carlos, que prosigue como anonadado, y lo obedece maquinalmente.) ¿En qué piensas? ¿Nada me respondes?... Seré laconico. Al día siguiente de aquel, en que nos vimos en el convento de los Cartujos, me mandó llamar el Rey. El resultado lo conoces tú, como todo Madrid. Pero lo que tú ignoras es que tu secreto le había sido ya revelado, que te acusaban cartas, encontradas en el secreter de la Reina, según he sabido de su misma boca, y que yo... era su confidente. (Cállase, aguardando la respuesta de Carlos, que continúa silencioso.) Sí, Carlos; con mis labios falté á mi fidelidad. Yo mismo urdí la trama, que había de causar tu ruina. Los hechos hablaban ya demasiado alto, y era tarde para disculparte. Asegurarme de que había de vengarse, era mi único remedio... y así me transformé en enemigo tuyo, para servirte mejor... ¿No me oyes?

CARLOS.—Te escucho. ¡Sigue, sigue!

EL MARQUÉS.—Hasta aquí era yo inocente. Pero pronto me fascinaron los rayos del favor real, á que no estaba acostumbrado; y, como yo presumía, hasta ti llegaron los rumores, que lo anunciaban. Seducido, sin embargo, por una falsa ternura; deslumbrado por una demencia orgullosa, á fin de llevar á término sin tu concurso mi temeraria empresa, sustraje mi peligroso secreto á la amistad. ¡Y fué gran imprudencia! Mi falta fué muy censurable. Lo sé. Mi confianza era insensata. Perdóname... se apoyaba en lo indisoluble de nuestro afecto. (Cállase, y Carlos pasa de repente, de su estado de estupefacción, al de una conmoción violenta.) Sucedió lo que temía. Te hicieron temblar ante imaginarios peligros. La Reina, llena de sangre... el terror, expresado á gritos en palacio... la funesta oficiosidad de Lerma... por último, mi inexplicable silencio, todo esto

invade á un tiempo de improviso tu corazón... Vacilas... me crees perdido... Sin embargo, demasiado noble para dudar de la lealtad de tu amigo, calificas de heroica su caída; sólo osas llamarlo infiel, cuando puedes ensalzarlo en su infidelidad. Abandonado de tu único amigo, te refugias en los brazos de la Princesa de Éboli... ¡Desdichado! en los brazos del demonio, porque ella ha sido la que te vendió. (Carlos se levanta.) Te veo correr allá. Triste presentimiento agita mi corazón; te sigo. Ya era demasiado tarde. Yacías á sus pies. La confesión de tu secreto asomaba ya á tus labios, y no había salvación para ti...

CARLOS.—¡No, no! Se había conmovido. Te equivocas. Su emoción era verdadera.

EL MARQUÉS.—Sólo la noche envuelve ya á mis sentidos. Nada... nada... ninguna salida... ningún socorro... en toda la naturaleza. La desesperación me transforma en una furia, en una bestia feroz... mi puñal amenaza el pecho de esa mujer... Sin embargo, entonces... entonces ilumina mi alma un rayo de luz. «Si engañase al Rey... si llegara á pasar yo por culpable... Sea ó no verosímil... basta para él, porque para el Rey Felipe, sólo el mal es verosímil. ¡Sea, pues! Aventurémonos... Quizás el trueno, oído cuando no lo esperaba, conmoverá al tirano... ¿Qué más puedo desear? Se refrenará, y Carlos tendrá tiempo para huir á Brabante.»

CARLOS.—¿Y lo habrás... lo habrás hecho así?

EL MARQUÉS.—Escribo entonces á Guillermo de Orange que amo á la Reina, que he logrado disipar la desconfianza del Rey, haciendo que se fije en tí equivocadamente, y que por obra del mismo Rey, he encontrado medio de acercarme á su esposa con libertad. Añado que temo ser descubierto, porque tú, sabedor de mi pasión, has recurrido á la Princesa de Éboli, para ponerlo en noticia de la Reina... que te he reducido á prisión, y que, siendo cierta

mi ruina, me propongo huir a Bruselas... Esta carta...
 CARLOS. (Interrumpiéndolo asustado.)—No la habrás llevado al correo... Sabes que todas las dirigidas á Flandes y el Brabante...

EL MARQUÉS.—Se entregan al Rey... Por lo que veo, Taxis ha cumplido ya su deber.

CARLOS.—¡Dios mío! ¡Mi perdición es segura!

EL MARQUÉS.—¿Tú? ¿Por qué tú?

CARLOS.—Desventurado! ¡Y tú también! Jamás te perdonará mi padre impostura tan enorme. No perdona jamás.

EL MARQUÉS.—¿Impostura? Te distraés. Piensa en ello bien. ¿Quién le dirá que es una impostura?

CARLOS. (Mirándolo fijamente.)—¿Quién, preguntas? Yo mismo. (Hace ademán de irse.)

EL MARQUÉS.—Deliras... ¡quédate aquí!

CARLOS.—¡Véte, véte! ¡No me detengas por Dios! Mientras tanto, paga ya á los asesinos.

EL MARQUÉS.—Tanto más precioso es el tiempo. Todavía hemos de hablar mucho.

CARLOS.—¿Cómo? ¿Antes que él lo sepa todo...? (El Marqués lo coge por el brazo, y lo mira de un modo significativo.)

EL MARQUÉS.—Escucha, Carlos... ¡Era tanta mi precipitación, tan vehemente mi abineo, cuanto tu sangre corrió en vez de la mía... en nuestra infancia!

CARLOS. (Que se detiene, admirado y conmovido.)—¡Oh, divina Providencia!

EL MARQUÉS.—¡Sálvate por la causa de Flandes! Reinar es tu vocación, y la mía, morir por ti.

CARLOS. (Estrechando su mano, profundamente afectado.)—¡No, no! ¡No podrá... no podrá sufrir tanta elevación! Quiero llevarte á su presencia; del brazo conmigo voy á llevarte hasta él. «Padre, le diré, he aquí lo que un amigo ha hecho por su amigo.» Se conmovirá. Créeme, mi padre no es del todo inhumano. Sí, ciertamente, se conmovirá. Sus ojos

honorarán de ternura; nos perdonará á ambos... (Suena un tiro detrás de la verja, y Carlos se sobresalta.) ¡Ah! ¿Contra quién será?

EL MARQUÉS.—Creo... que para mí. (Cae.)

CARLOS. (Que cae también á su lado, dando un grito de dolor.)—¡Misericordia divina!

EL MARQUÉS. (Con voz apagada.)—Es activo... el Rey... esperaba... más largo tiempo... Cuida de salvarte... ¿Oyes?... de tu salvación... tu madre lo sabe todo... no puedo más... (Carlos se queda como muerto junto al cadáver. Después aparece el Rey, acompañado de muchos Grandes, y retrocede al verlos. Pausa larga. Los Grandes se forman en círculo á su redor, y miran alternativamente al Rey y á su hijo, que yace en tierra sin dar señal alguna de vida. El Rey lo contempla mudo y pensativo.)

ESCENA IV.

EL REY, CARLOS; LOS DUQUES DE ALBA, FERIA y MEDINA-SIDONIA; EL PRÍNCIPE DE PARMA; EL CONDE DE LERMA; EL PADRE DOMINGO y MUCHOS GRANDES.

EL REY. (Con acento bondadoso.)—Tu súplica ha sido ensalzada, hijo mío. Aquí estoy yo; aquí estoy yo, en persona, con todos los Grandes de mi Reino, para anunciarte tu libertad. (Carlos mira á una y otra parte, como si despertara de un sueño. Sus ojos se fijan ya en el Rey, ya en el muerto; nada responde.) Recibe otra vez tu espada. Nuestra conducta ha sido irreflexiva. (Se acerca á él, le da la mano, y le ayuda á levantarse.) Mi hijo no está en el puesto que le corresponde. Levántate, ven á los brazos de tu padre.

CARLOS. (Que se deja abrazar del Rey sin saber lo que hace, pero de repente vuelve en sí, se detiene y lo mira sin pestañear.) ¡Mánchate el asesinato! Yo no puedo abrazarte. (Lo rechaza, y los Grandes se conmueven.) ¡No! ¡No os alarméis así! ¿Qué monstruosidad he cometido yo? ¿He tocado al ungido del Señor? No temáis; mi mano no se levantará contra él. ¿No veis la señal del fuego en su frente? Dios la puso ahí.

EL REY. (Que se vuelve precipitadamente.) — Seguidme, Grandes de España.

CARLOS. — ¿A dónde, señor? No os moveréis de aquí... (Lo retiene con fuerza con ambos manos, y consigue apoderarse con una de la espada, que ha traído el Rey. La saca de la vaina.)

EL REY. — ¿Desenvainas la espada contra tu padre?

TODOs LOS GRANDES PRESENTES. (Sacando sus espadas.) — ¡Regicidio!

CARLOS. (Sujetando al Rey con una mano, y con la espada desnuda en la otra.) — ¡Envainad vuestras espadas! ¿Qué pretendéis? ¿Creéis que deliro? No, no deliro. Y si delirase, no obraríais cuerdatamente advirtiéndome que su vida pende de la punta de mi espada. Os ruego que os alejéis. La situación, en que me encuentro, exige ciertas consideraciones... así, ¡alejaos! Lo que he de hacer aquí con el Rey, nada tiene que ver con vuestros deberes de súbditos. Mirad tan solo la sangre, que destilan sus manos. ¡Miradlo bien! ¿Lo veis? ¡Mirad también aquí!... ¡Contemplad la obra de este consumado maestro.

EL REY. (A los Grandes, que se aproximan inquietos á él.) — Retiraos todos. ¿Por qué tembláis?... ¿No somos padre ó hijo? Espero alguna acción vergonzosa, que afrente á la naturaleza...

CARLOS. — ¿La naturaleza? No la conozco. El asesinato rompe sus vínculos, y también los que ligan al hombre. Tú mismo los has hollado en tu reino. ¿He de respetar yo aquello mismo de que te burlas?... ¡Oh! ¡Mirad, mirad aquí!

Hasta ahora no se había cometido asesinato alguno... ¿No hay Dios? ¿Cómo? ¿Hay reyes, que han de devorar sus criaturas? ¿Hay Dios? pregunto yo. Desde que las madres dan hijos á luz, ninguno... ninguno ha muerto tan injustamente... ¿Sabes tú, pues, lo que has hecho?... No, no lo sabe; no sabe que ha borrado del mundo una vida más importante, más noble, más preciosa que la suya y las de todos sus contemporáneos.

EL REY. (Con afabilidad.) — Si por tí he obrado con ligereza, ¿cómo me exiges la responsabilidad de lo hecho, si tú sólo eres la causa?

CARLOS. — ¿Cómo? ¿Es posible? No adivináis quién era el muerto para mí... ¡Oh! Decídselo... Ayudad á su omnisciencia, para que explique este oscuro enigma. El muerto era mi amigo... ¿Y queréis saber por qué ha sucumbido? ¡Por mí!

EL REY. — ¡Ah! Me lo temía.

CARLOS. — ¡Perdona, oh cadáver ensangrentado, si yo cometo una profanación ante semejantes auditores! Pero que este profundo conocedor del corazón humano expie su oprobio, al considerar que su sabiduría de anciano ha sido superada por un joven. Sí, señor, éramos hermanos. Hermanos en virtud de un vínculo más noble que los de la naturaleza. El amor ha llenado su vida envidiable; su muerte, grande y digna, amistad hacia mí. Era mío cuando su atención os ensalzaba, cuando su elocuencia juguetona retozaba con vuestro espíritu, lleno de hinchazón y de orgullo... Creíais dominarle... y erais dóciles instrumentos de sus planes sublimes. Si yo he estado preso, obra ha sido de su afecto previsor. Por salvarme, escribió una carta al Príncipe de Orange... ¡Oh Dios! Era la primera mentira de su vida. Por salvarme, se precipitó al encuentro de la muerte, y la padeció. Le concedíais vuestro favor... y murió por mí. Vuestro corazón y vuestra amistad lo hon-

raban, y vuestro cetro era un juguete en sus manos; lo menospreció, y murió por mí. (El Rey se queda inmóvil, y mira al suelo fijamente. Todos los Grandes lo contemplan con sorpresa y horror.) ¿Y era esto posible? ¿Cómo dar crédito á tan grosera impostura? ¿Cuán poco valdríais en su opinión, cuando se propuso tenderos tan tosco lazo! ¿Y osasteis solicitar su estimación, y sucumbisteis á prueba tan leve? ¡Oh! no... no; nada había allí para vosotros. No era hombre para vosotros. Bien lo sabía él, cuando os ha rechazado con todas vuestras coronas. Esta lira delicada se ha hecho pedazos en vuestras manos de hierro. Sólo asesinarlo podíais.

EL DUQUE DE ALBA. (Que no ha separado sus ojos del Rey, y ha notado con visible inquietud las pasiones, que se pintaban en su rostro, acércase á él con timidez.) — Señor... no guardéis tan mortal silencio. ¡Mirad á vuestro rededor! ¡Hablad con nosotros!

CARLOS. — V. M. no le era indiferente, sino que se interesaba ha largo tiempo por su Soberano. Quizás os hubiera dado la felicidad. Su corazón era bastante rico para satisfaceros con sus sobras. Dios hubierais sido con un átomo de su espíritu. Os habéis robado á vos mismo... ¿Cuánto no daríais por encontrar otra alma como la suya? (Profundo silencio; muchos Grandes vuelven á otra parte los ojos, ó se cubren el rostro con sus capas.) ¡Oh! vosotros los que estáis aquí reunidos y enmudecéis de sorpresa y de horror... no me condenéis por usar este lenguaje con mi Rey y con mi padre... ¡Mirad hacia aquí! ¡Illa muerto por mí! Si tenéis lágrimas; si sangre, no plomo derretido, circula por vuestras venas... contemplad este espectáculo, y no reprobéis mi conducta. (Dirigese al Rey con más calma y moderación.) ¿Esperáis acaso el término de esta aventura monstruosa?... Aquí está mi espada. Otra vez sois mi Rey. ¿Pensáis que me hace temblar la idea de vuestra venganza? Asesi-

nadme, como habéis asesinado á otro más noble. Nada vale mi vida, ya lo sé. Ahora renuncio á todas mis esperanzas mundanas. Buscad otro hijo entre los extraños... Mis dominios yacen aquí. (Cae junto al cadáver, y no toma parte en nada durante el resto de la escena. Óyese mientras tanto á lo lejos ruido confuso de voces, y como tumulto de muchos hombres. En torno del Rey hay profundo silencio. Sus ojos recorren todo el círculo que lo rodea, pero sus miradas no encuentran las de ningún otro.)

EL REY. — ¡Bien! ¿Nadie quiere responder?... Todos con los ojos en tierra... todos con el rostro cubierto... Mi sentencia se ha pronunciado. Clara la leo en estas figuras calladas. Mis súbditos me han juzgado. (El mismo silencio. El tumulto se aproxima y se acrecienta. Un murmullo circula entre los Grandes, y se hacen unos á otros señas confusas. El Conde de Lerma se llega con lentitud al Duque de Alba.)

EL CONDE DE LERMA. — ¡Cierto! Tocan á rebato.

EL DUQUE DE ALBA. (En voz baja.) — Me lo temía.

EL CONDE DE LERMA. — Alguien se acerca... alguien viene.

ESCENA V.

LOS MISMOS, Y UN OFICIAL DE GUARDIAS DE CORPS.

EL OFICIAL. (Adelantándose.) — ¡Rebelión! ¿En dónde está el Rey? (Atraviesa entre todos, y se aproxima al Rey.) ¡Todo Madrid está sobre las armas! Soldados y paisanos, furiosos y por miles, rodean el Palacio. Dicen que el Príncipe D. Carlos está preso, y en peligro su vida. El pueblo quiere verlo vivo, ó, en caso contrario, incendiará á toda la población.

TODOS LOS GRANDES. (En movimiento.) — ¡Salvad, salvad al Rey!

EL DUQUE DE ALBA. (Al Rey, que permanece tranquilo y sereno.) ¡Huid, señor!... Amenaza el peligro... Aun ignoramos quién arma al pueblo...

EL REY. (Que despierta de su letargo, levanta la cabeza, fy se adelanta hacia ellos con majestad.)—¿Subsiste mi trono todavía?... ¿Aun soy Rey de este país?... No; no lo soy ya. Estos cobardes lloran, enternecidos por un niño. Sólo aguardan una señal para abandonarme. Los rebeldes me venden.

EL DUQUE DE ALBA.—¿Qué terrible sospecha, señor!

EL REY.—¡Id allá; prosternaos allí ante ese mancebo joven y floreciente!... Nada soy ya... un anciano desvalido.

EL DUQUE DE ALBA.—¿A tal extremo hemos llegado?... ¡Españoles! (Todos rodean al Rey, sacan sus espadas, y se arrojan á su rededor. Carlos continúa solo y abandonado, junto al cadáver.)

EL REY. (Que se despoja de su manto, y lo arroja lejos de sí.)—¡Ornado con las insignias reales!... ¡llevadlo sobre mi hombro cadáver! (Cae sin conocimiento en brazos del Duque de Alba y del Conde de Lerma.)

EL CONDE DE LERMA.—¡Dios mío! ¡Socorro!

EL DUQUE DE FERIA.—¿Qué desdicha, santo cielo!

EL CONDE DE LERMA.—¡Vuelve en sí!

EL DUQUE DE ALBA. (Que deja al Rey en brazos del Conde de Lerma y del Duque de Feria.) Llevadlo á su lecho. Mientras tanto yo devolveré la paz á Madrid. (Vase: se llevan al Rey, y desaparecen con él todos los Grandes.)

ESCENA VI.

CARLOS se queda solo junto al cadáver. Después de algunos instantes se presenta LUIS MERCADO: mira á todas partes con precaución, y permanece callado detrás del Príncipe, que no advierte su presencia.

MERCADO.—Vengo de parte de S. M. la Reina. (Carlos vuelve los ojos, y no responde.)—Mi apellido es Mercado... Soy médico de cámara de S. M... he aquí mi credencial. (Enseña al Príncipe una sortija. Carlos persiste en su silencio.) La Reina desea vivamente hablaros hoy... negocios importantes...

CARLOS.—Nada me importa ahora en el mundo.

MERCADO.—Un encargo, me dijo S. M., que le ha hecho el Marqués de Posa...

CARLOS. (Levantándose con rapidez.)—¿Cómo? ¡Al instante! (Hace ademán de irse.)

MERCADO.—No; ahora no, Serenísimo señor. Vuestra Alteza aguardará á la noche. Todas las salidas están ocupadas, y hay en ellas centinelas dobles. Es imposible atravesar esta parte del Palacio sin ser visto. Sería arriesgarlo todo...

CARLOS.—Pero...

MERCADO.—A lo más hay un solo medio de lograrlo... La Reina ha pensado en él, y os lo propongo de su orden. Pero es atrevido, extraño y expuesto.

CARLOS.—¿Cuál es?

MERCADO.—Se dice, largo tiempo hace, como V. A. sabe bien, que el alma del Emperador vaga á la media noche por la galería abovedada del palacio. El pueblo lo cree así.

y les centinelas hacen esta guardia con horror. Si V. A. se resuelve á tomar ese disfraz, podrá pasar libremente entre los centinelas, y llegar sin ser conocido hasta el cuarto de la Reina, que se abre con esta llave. El traje religioso os preservará de todo peligro. Pero es menester que ahora mismo os decidáis. En la habitación de V. A. encontraréis el traje y la máscara. Yo me voy inmediatamente á llevar á S. M. la respuesta.

CARLOS.—¿A qué hora?

MERCADO.—La hora, la de la media noche.

CARLOS.—Dedidle que me espere. (Vase Mercado.)

ESCENA VII.

DON CARLOS y EL CONDE DE LERMA.

EL CONDE.—Poneos en salvo, Príncipe. El Rey está furioso contra V. A. Un atentado contra vuestra libertad... ya que no contra vuestra vida. Nada me preguntéis. He venido aquí con misterio, para advertir á V. A. Huid sin tardanza.

CARLOS.—Estoy en las manos del Todopoderoso.

EL CONDE.—Según me ha indicado la Reina, hoy habéis de dejar á Madrid, y partir para Bruselas. ¡No lo dilatéis, no! La rebelión favorece vuestra huida. Con este objeto me envía aquí S. M. la Reina. Nadie osará ahora emplear la violencia contra V. A. Caballos de posta os esperan en la Cartuja, y aquí hay armas para el caso de que las necesitéis. (Dale un puñal y una tercerola.)

CARLOS.—¡Gracias, gracias, Conde de Lerma!

EL CONDE.—Lo sucedido hoy á V. A. me ha legado al corazón. No hay amigos tan heroicos. Todos los patriotas moran por V. A. Nada más me atrevo á decir.

CARLOS.—¡Conde de Lerma! Este muerto, cuando vivía, os llamó alma noble.

EL CONDE.—¡Por última vez, Príncipe! Que vuestro viaje sea feliz. Vendrán tiempos mejores, aunque ya entonces no existiré. Recibid ahora mi homenaje de adhesión. (Arrojase ante él.)

CARLOS. (Queriendo levantarlo, muy conmovido.)—No así, Conde, no así... Me enternecéis... No quisiera ser débil...

EL CONDE. (Besando su mano con fervor.)—¡Rey de mis hijos! ¡Oh! A mis hijos será dado morir por V. A. A mí no. Que ellos os recuerden á su padre... Regresad en paz á España. Que os mostréis humano, al ocupar el trono del Rey Felipe. Sabéis ya por experiencia lo que son las penas. No forméis proyecto alguno criminal contra vuestro padre. ¡No; nada sangriento, Príncipe mío! Felipe II obligó á vuestro abuelo á dejar el trono... Este mismo Felipe tiembla hoy ante su hijo. Pensad en ello, Príncipe... y que Dios os acompañe. (Vase corriendo. Carlos, á punto de irse en otra dirección; se vuelve de repente, y se arroja sobre el cuerpo del Marqués, y lo abraza de nuevo; después abandona la escena.)

ESCENA VIII.

La antecámara del Rey.

LOS DUQUES DE ALBA y DE FERIA, que vienen hablando.

EL DUQUE DE ALBA.—La ciudad está tranquila. ¿Cómo dejáis al Rey?

EL DUQUE DE FERIA.—En la peor disposición del mundo.

Suceda lo que quiera, á nadie ve. La traición del Marqués lo ha trastornado por completo. Nosotros mismos no lo conocemos.

EL DUQUE DE ALBA.—Es menester que yo le hable. Ahora no me es posible tener contemplaciones. Un descubrimiento importante, que se acaba de hacer...

EL DUQUE DE FERIA.—¿Un nuevo descubrimiento?

EL DUQUE DE ALBA.—Un fraile cartujo, que se había desfilado sigilosamente en la habitación del Príncipe, y que se hacía contar la muerte del Marqués de Posa con una curiosidad sospechosa, ha caído en poder de mis centinelas. Se le detiene, se le interroga. El miedo á la muerte le arranca la confesión deseada, y dice que es portador de documentos muy importantes, entregados á él por el muerto, para que los confíe al Príncipe... si el Marqués no se le presenta antes de la puesta del sol.

EL DUQUE DE FERIA.—¿Y qué?

EL DUQUE DE ALBA.—Las cartas anuncian que el Príncipe ha de dejar á Madrid después de la media noche.

EL DUQUE DE FERIA.—¿Cómo?

EL DUQUE DE ALBA.—Que en Cádiz le espera un buque para trasportarlo á Flesinga... que las provincias de los Países Bajos sólo aguardan su llegada para sacudir el yugo de España.

EL DUQUE DE FERIA.—¡Ah! ¿Qué es esto?

EL DUQUE DE ALBA.—Otras cartas indican que la armada de Solimán ha salido ya de Rodas... para atacar, á consecuencia de un pacto, el poder de España en el Mediterráneo.

EL DUQUE DE FERIA.—¿Es posible?

EL DUQUE DE ALBA.—También me explican el reciente viaje por Europa de ese caballero de Malta. Nada menos se trataba que armar á las potencias del Norte para defender la libertad de los flamencos.

EL DUQUE DE FERIA.—Bien se comprende que era suya esa obra.

EL DUQUE DE ALBA.—Finalmente, acompaña á estas cartas un plan detallado de toda la guerra, que había de separar de España para siempre á los Países Bajos. Nada, nada se ha olvidado. Están calculadas las fuerzas y las resistencias; enumerados con puntualidad los recursos y los medios de defensa del país; las reglas, que se han de observar; las alianzas, que se han de contraer. El plan es diabólico, pero verdaderamente... superior.

EL DUQUE DE FERIA.—¿Qué traidor tan impenetrable!

EL DUQUE DE ALBA.—Háblase también en estas cartas de una entrevista secreta, que esta noche, antes de su huida, ha de celebrar el Príncipe con su madre.

EL DUQUE DE FERIA.—¿Cómo? ¿Hoy mismo?

EL DUQUE DE ALBA.—A la media noche. He dado mis órdenes. Ya veis que el asunto es urgente. No hay que perder un instante... Abrid el aposento del Rey.

EL DUQUE DE FERIA.—¡No! Está prohibida la entrada.

EL DUQUE DE ALBA.—Entonces abro yo mismo... El peligro, que nos amenaza, justifica mi audacia. (Al dirigirse hacia la puerta, ábrese ésta y se presenta el Rey.)

EL DUQUE DE FERIA.—¡Ah! ¡El, en persona!